

En uno de los ardientes poemas de esta nueva y notable recopilación, Ocean Vuong yuxtapone las caóticas escenas de la caída de Saigón en abril de 1975 a los versos de “White Christmas”, de Irving Berlin, la canción que emitió la Radio de las Fuerzas Armadas para avisar de que la evacuación final estaba en marcha: “Las copas de los árboles relucen y los niños escuchan, el jefe de policía / boca abajo en una piscina de Coca-Cola. / Una fotografía del padre del tamaño de la palma de la mano flota / junto a su oreja izquierda”.

Mientras Bing Crosby entona “Oh, blanca Navidad, sueño y con la nieve alrededor...”, el fuego de artillería rasga el cielo de Saigón y “un camión militar acelera en la intersección, / niños gritan adentro. Una bicicleta arrojada / a través de un escape” y “Abajo, en la plaza: una monja, en llamas, / corre en silencio hacia su dios”. El poema, titulado “Alborada con ciudad en llamas”, se inspira en los recuerdos de la abuela del autor, que contaba que Saigón “cayó mientras sonaba la canción de la nieve”. La mujer estaba casada con un soldado estadounidense, y en otro poema, Vuong reflexiona sobre la ironía de la guerra. Si sus abuelos nunca se hubiesen conocido, no existirían ni él ni su madre. “Por lo tanto, yo existo. Por lo tanto, sin bombas = no hay familia = yo no existo”.

Nacido en 1988 en una finca arrocera de las afueras de Saigón, Vuong, que fue galardonado con el premio Whiting de poesía en 2016, tenía dos años cuando su familia llegó a Estados Unidos tras pasar más de un año en un campo de refugiados en Filipinas. Fue el primero de sus parientes cercanos que aprendió a leer, pero creció es-

Cielo nocturno con heridas de fuego

OCEAN VUONG

Edición bilingüe. Traducción de Elisa Díaz Castillo
Vaso Roto. Madrid/México, 2018. 176 páginas. 21 €

TOM HINES

cuchado canciones populares y las historias de su abuela, y su poesía toma la musicalidad de esa tradición oral y la enlaza espléndidamente con su amor por la lengua inglesa.

Los poemas de *Cielo nocturno con heridas de fuego* —así como los anteriores volúmenes *No y Bur-*

nings— poseen una precisión dúc-til que recuerda a la obra de Emily Dickinson combinada con un aprecio por el sonido y los ritmos de las palabras similar al de Gerard Manley Hopkins. El autor sabe crear imágenes sorprendentes (un piano negro en un campo, los muñecos de un

pastel de bodas conservados bajo una campana de cristal, o un pastor que sale de una pintura de Caravaggio) y lograr que los silencios y las elisiones de sus versos hablen con la misma fuerza que sus palabras.

Hay en estos poemas una poderosa corriente subterránea emocional que brota de la sinceridad y el candor de Vuong y de su capacidad para captar instantes específicos con claridad fotográfica y, al mismo tiempo, una apreciación de la evanescencia de todo lo terrenal. Tanto si escribe sobre la guerra como sobre la familia o el sexo, sus composiciones contienen un presentimiento de la pérdida causada por la violencia, los malentendidos o el simple correr de las hojas del calendario y las manecillas del reloj.

Vuong escribe como emigrante y como homosexual, y sus poemas encierran lo que significa ser un extraño (una “bestia expulsada / del arca”), así como la brutal historia de los prejuicios en Estados Unidos, donde “los árboles conocen / el peso de la historia”. Habla de los terribles viajes por mar que soportan los emigrantes que intentan llegar a Es-

tados Unidos, odiseas oceánicas que recuerdan tanto a los esperanzados periplos de los peregrinos como a las travesías del Atlántico padecidas por los esclavos contra su voluntad, y describe los campos de refugiados como “enfermos de humo y de himnos / cantados a medias”.

A muchos de sus personajes los persiguen los recuerdos (a veces de segunda mano) de la guerra, esa Guerra de Vietnam vivida por su familia en sus propias carnes que se convierte en símbolo de tantas otras libradas desde entonces. En los poemas de Vuong, el tejido diario de la vida, tanto en Vietnam como en Estados Unidos, sufre el desgarramiento continuo de la intrusión repentina de la violencia lanzada desde el cielo por un helicóptero Huey o un misil Tomahawk, disparada desde el ho-

TORSO DE AIRE

Supongamos que sí cambias tu vida.
Y el cuerpo es más
que una porción de la noche, sellada
con moretones. Supongamos que despiertas
y encuentras tu sombra reemplazada
por un lobo negro. El chico, hermoso
y perdido. Entonces llevabas el cuchillo
a la pared. Escarbas y escarbas
hasta que encuentras una moneda de luz
y puedes asomarte, por fin,
a la felicidad. El ojo
te mira de vuelta desde el otro lado,
esperando.

cico de un AK-47, o que llega en forma de un hombre que “da un revés” a su mujer y “lleva la motosierra a la mesa de la cocina”.

Un tiroteo, señala Vuong en un poema, “no es más que el sonido de la gente / que intenta vivir un poco más / y fracasa”. En otro poema que recuerda a “Musée des Beaux-Arts”, de Auden, habla de una familia que abandona una ciudad aún en llamas: “Por lo demás, era una mañana de primavera perfecta. Los jacintos blancos susurraban en el césped de la embajada. El cielo tenía el azul de un mes de septiembre”—tan azul como el

de la ciudad de Nueva York el 11 de septiembre, no podemos evitar pensar—, “y las palomas seguían picoteando las migas de pan desparramadas desde la panadería bombardeada. Baguettes rotas. Croasanes aplastados. Coches reventados. Un tiiovivo que hacía girar sus caballos carbonizados”.

La palabra “cuerpo” se repite en muchos poemas como símbolo de la fragilidad de la vida humana y el obstinado hecho de la condición mortal, pero también de las posibilidades de

la pasión. Los demás temas recurrentes que flotan con musicalidad a lo largo del libro tienen que ver con la tensa relación entre padres e hijos, las travesías oceánicas de los refugiados y el poder evocador de las palabras.

El nombre de Vuong al nacer era Vinh Quoc, pero su madre se lo cambió por Ocean cuando se fueron a vivir a Estados Unidos, y

en estos poemas el mar se convierte en metáfora del renacimiento y la transformación. Las páginas de *Cielo nocturno* contienen alusiones a *La tempestad* de Shakespeare, a las posibilidades de “un cambio de marea” y a las dotes de mago de Próspero para hechizar. El volumen, por su parte, es un hermoso testimonio del don de Vuong para servirse de la magia de las palabras a fin de convocar y preservar el pasado, convertir “los huesos en sonatas” y, apretando el lápiz contra el papel, “traer a su familia de vuelta de la extinción”. **MICHIKO KAKUTANI**

Benet. La ambición y el estilo

RAFAEL GARCÍA MALDONADO

Ediciones del Viento. La Coruña, 2018. 264 páginas. 21 €

Veinticinco años después de su muerte, resulta sorprendente la extraña suerte póstuma de Juan Benet (Madrid, 1927-2003). Paradigma y maestro de la literatura más innovadora, exigente (y denostada) del último medio siglo, sobre su obra ha caído un olvido ciertamente injusto, como si quienes tachaban de *angloaburridos* a sus muchos imitadores y discípulos hubiesen triunfado. O como si el propio Benet encarnase de alguna manera el único artículo de la imaginaria Constitución que una vez propuso: “A todo ciudadano español se le permite fracasar”.

Benetiano devoto y sin complejos, el farmacéutico y narrador Rafael García Maldonado (Coín, Málaga, 1981) se ha propuesto terminar con tanta desmemoria en *Benet. La ambición y el estilo*, retrato cabal de un hombre “verdaderamente extraordinario e irrepetible”. Lo hace además en un libro que juega con los géneros, y que a ratos es novela, biografía literaria, ensayo histórico y descarnado autorretrato del propio García Maldonado. Porque si de algo presume (y adolece) este espléndido volumen es de la presencia casi abrumadora de su autor, que se explica a sí mismo en las lecturas, descubrimientos y vivencias del propio Benet. Y que recurre a las suposiciones y a sus experiencias personales cuando carece de datos contrastados, dado que los amigos del autor de *Volverás a Región* no se han mostrado dispuestos a colaborar con él: “el entorno de JB no hace cola precisamente para darme material con el que decorar estas páginas de admiración y pleitesía”. Sólo un ejemplo: para retratar al joven Benet que ayudaba a su amigo Gallego Díaz dando clases de matemáticas, escribe: “Uno, que se ha pasado media adolescencia y un año de facultad en clases particulares de matemáticas, se imagina perfectamente a ese niño grande alto, de abundante flequillo y petulancia de futuro ingeniero dando sin demasiado garbo ni pedagogía clases a muchachos no mucho menores” (p. 49).

Como si de un espejo que acompaña al relato se tratara, García Maldonado va desvelando o intuyendo los más recónditos aspectos de la vida personal y literaria de Benet, desde la temprana muerte de su padre, fusilado en la zona republicana en 1936, a su crédito como editor y novelista, pasando por su relación con su hermano Paco, su amistad con Baroja y Dionisio Ridruejo, su activismo antifranquista, su trabajo como ingeniero o su peso en nuestras letras. Ilustrado con fotografías desconocidas, proporcionadas por los hijos del escritor, el volumen rinde tributo a un autor y hombre tímido y cordial al que es preciso reivindicar ahora que la narrativa española actual abruma, según el biógrafo, “por su realismo ramplón, vulgar, fácil y a menudo siniestro”. **ELENA COSTA**